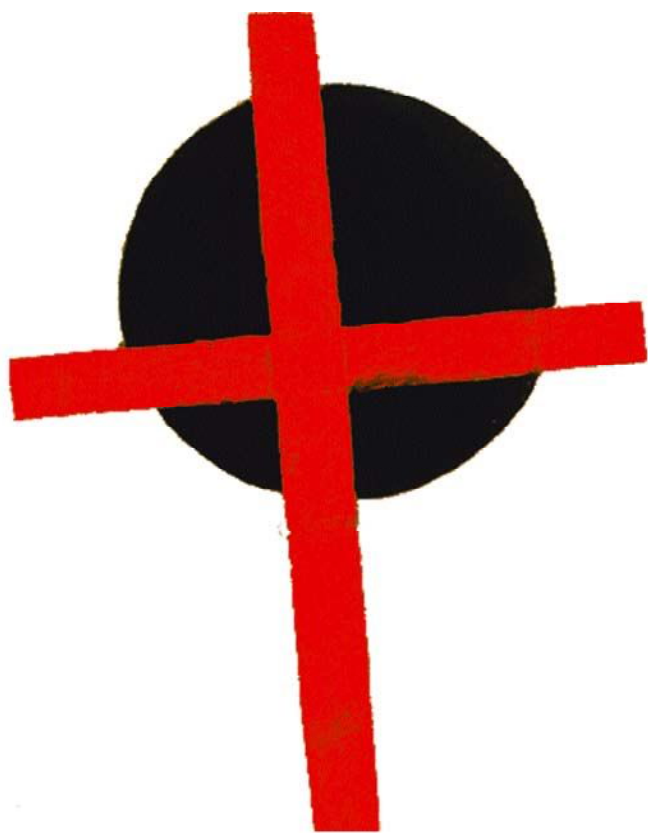
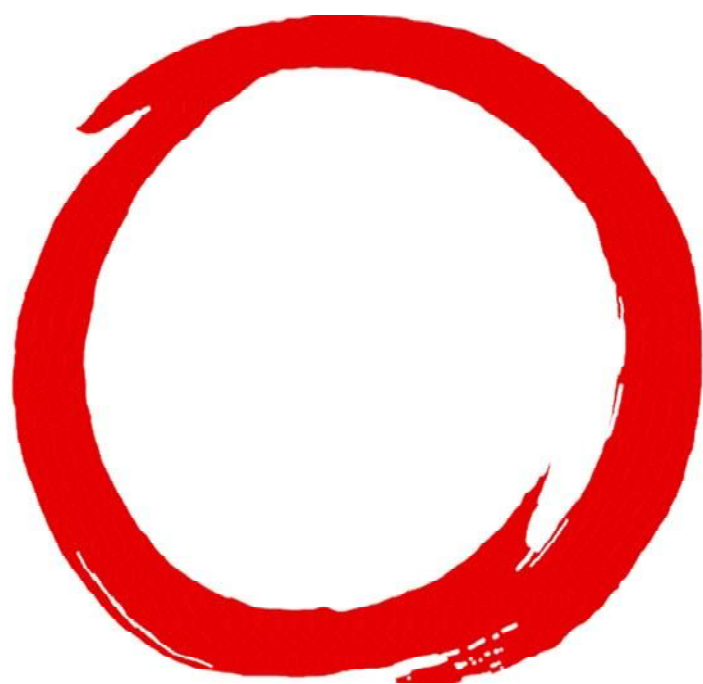


M Kazimír
Malevich

La pereza...



MALDOROR



KAZIMIR MALEVICH

**LA PEREZA COMO VERDAD
INALIENABLE DEL HOMBRE**

**Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck**

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición en lengua francesa:

*La paresse
comme vérité effective de l'homme*

© Primera edición: 2006

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-292-2006

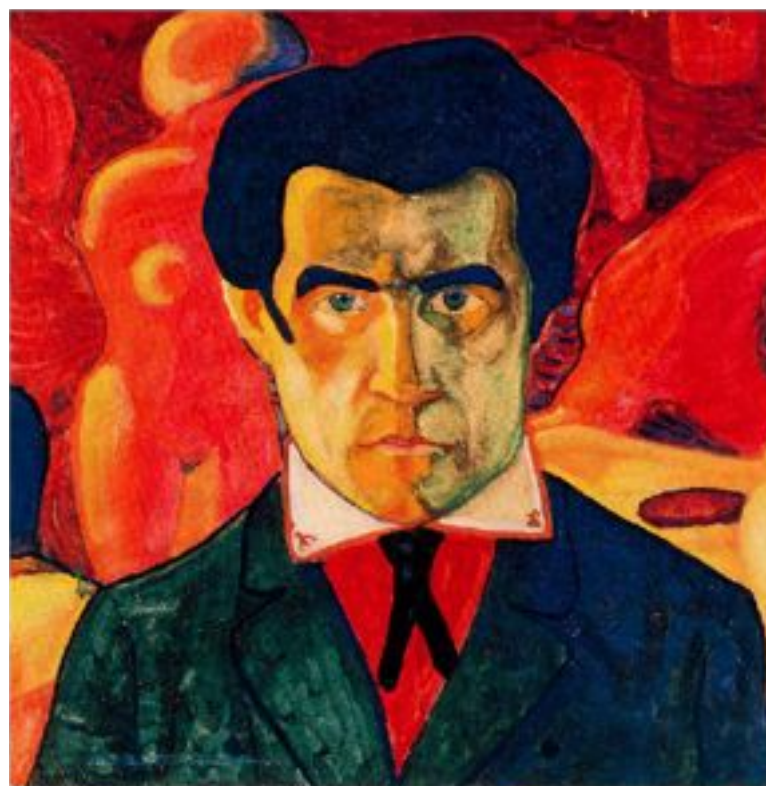
ISBN 10: 84-934130-9-7

ISBN 13: 978-84-934130-9-5

MALDOROR ediciones, 2006
maldoror_ediciones@hotmail.com

*LA PEREZA COMO VERDAD
INALIENABLE DEL HOMBRE*





Siempre he sentido una extraña impresión al oír o leer propósitos reprobadores sobre la pereza confesada de tal o cual, miembro del gobierno o simple familiar. “La pereza es la madre de todos los vicios”: así es como se ha estigmatizado, como la humanidad entera, todas las naciones confundidas, ha estigmatizado esta singular actividad del hombre. Esa acusación dirigida contra la pereza siempre me ha parecido injusta. ¿Por qué se exalta el trabajo hasta tal punto, se eleva al trono de la gloria y las alabanzas, mientras la pereza es cuestionada, por qué los perezosos en su conjunto son cubiertos de oprobio, marcados por el estigma de la infamia, por el estigma de la madre—pereza, cuando el más insignificante trabajador es consagrado a la gloria, a los honores, a las recompensas? Yo siempre he pensado que debería ser exactamente al contrario: el trabajo debe ser maldito, como enseñan las leyendas sobre el paraíso, mien-

tras que la pereza debe ser el fin esencial del hombre. Pero ha ocurrido al revés. Es esa inversión lo que yo quisiera poner en claro. Y como toda explicación pasa por la evidencia de síntomas, de estados existentes, y que cualquier análisis o cualquier conclusión debe estar fundado en esos síntomas, quiero explicar en este estudio el sentido que oculta la palabra "pereza".

Son muchas las palabras que encubren frecuentemente verdades que no podemos exhumar. Me parece que el hombre ha actuado con las verdades de modo extraño, a la manera de un cocinero que dispone de muchas ollas llenas de alimentos diversos. Por supuesto, cada olla tenía su propia tapa, pero por distracción, el cocinero ha cerrado las ollas mezclando las tapas, y ahora, es imposible adivinar lo que hay en las ollas. Y ha ocurrido lo mismo con las verdades: sobre muchos vocablos, sobre numerosas verda-

des, hay tapas, y lo que hay bajo la tapa le parece claro a cada cual. Es, creo, lo que ha ocurrido con la pereza. Sobre una tapa, estaba escrito: "La pereza es la madre de todos los vicios". Se cubrió una olla al azar y hasta hoy, creemos que esa olla contiene la infamia y el vicio. Ciertamente, el uso de la palabra "pereza" para caracterizar al hombre es muy peligroso. Para el hombre, no hay nada más peligroso en el mundo; basta con pensar que la pereza es la muerte del "ser", es decir del hombre, que sólo encuentra su salvación por medio de la producción y del trabajo: si no trabaja, todo el país irá a la muerte, todo el pueblo estará amenazado de muerte. En consecuencia, resulta claro que ese estado debe ser combatido como un estado mortal. A fin de escapar a la muerte, el hombre inventó sistemas de vida donde todos trabajarían y donde no habría ni un solo perezoso. He ahí por lo que el sistema del socialismo, como vía

del comunismo, condenó todos los sistemas que existieron antes que él, para que toda la humanidad siguiera un solo camino laborioso y que nadie quedase inactivo. He ahí por qué la ley más cruel de ese sistema humano estipula: "Quien no trabaja no come", por eso se sintió obsesionado por el capitalismo, porque éste engendra "perezosos" y el dinero conduce desde luego a la pereza. De tal suerte que la maldición del trabajo arrojada por Dios sobre los hombres recibe en los sistemas socialistas la más alta bendición. Todos y cada uno debe ponerse bajo esta bendición, so pena de morir de hambre. Tal es el sentido que se oculta en el sistema obrero. Ese sentido reside en esto: bajo todos los demás regímenes, el hombre nunca sentirá la proximidad de la muerte de la comunidad ni verá como la producción engendra el bien no solamente para la comunidad en su conjunto sino para cada uno en particular. En el sistema

laboral común, cada uno se encuentra confrontado a la muerte, cada cual sólo tiene un único objetivo; encontrar una tabla de salvación en el trabajo, en la producción del trabajo, so pena de morir de hambre. Un tal sistema socialista del trabajo tiene como proyecto, en su acción por supuesto inconsciente, poner a trabajar a toda la humanidad, para aumentar la producción, para garantizar la seguridad, para reforzar la humanidad, y, por su capacidad de producción, afirmar su "ser". Verdaderamente, este sistema, que no se preocupa del individuo, sino de toda la humanidad, es incontestablemente justo. Pero el sistema capitalista también. Ofrece el mismo derecho al trabajo, la misma libertad de trabajo, la acumulación de dinero en los bancos para garantizarse la "pereza" en el futuro, y presupone entonces que la moneda es ese signo que seducirá porque aportará la felicidad de la pereza con la cual, en realidad,

sueña cada uno. Ciertamente, esa es la razón de ser de la moneda. El dinero no es otra cosa que una mínima conquista de pereza. Cuanto más se tenga más se conocerá la felicidad de la pereza. Las personas de ideas, que se preocupan del pueblo, no han visto —con toda evidencia—, este principio y este sentido de manera consciente. Siempre han sido solidarios para pensar que la Pereza es “la madre de todos los vicios”. Pero en su inconsciente, había otra cosa: la ambición de nivelar a todos los hombres en el trabajo, o, dicho de otro modo, de nivelar a todo el mundo en la pereza. Obteniendo de esa manera lo que el sistema capitalista no permite alcanzar. El capitalismo y el socialismo tienen la misma preocupación: llegar a la única verdad del estado humano, la pereza. Es esta verdad la que se esconde en lo más profundo del inconsciente, pero, quién sabe por qué, no quiere reconocerse nunca, y en













ninguna parte existe el menor sistema de trabajo que tenga como premisa: “La verdad de tu esfuerzo es el camino hacia la pereza”. En lugar de esto, por todas partes los eslogans encomian el trabajo, y de ahí resulta que el trabajo es inevitable, que es imposible abolirlo, cuando de hecho, es a eso a lo que tienden los sistemas socialistas, a aliviar del trabajo las espaldas del individuo. Cuanta más gente trabaje, menos horas de trabajo habrá, y más horas de ocio.

El sistema capitalista ha formado por todos los medios –buenos o malos– una clase de capitalistas que se ha asegurado la felicidad en la pereza. Pero como la pereza está garantizada por el trabajo, el plan capitalista de organización del trabajo ha construido su sistema de manera que no permite poner a todo el mundo al mismo nivel en la utilización de la “pereza”: no se benefician de la pereza nada más que aquéllos que se han asegurado un

capital. Así, la clase de los capitalistas se ha eximido de ese trabajo del que toda la humanidad debiera liberarse. La clase capitalista ve al pueblo entero como una fuerza de trabajo, de igual modo que los sistemas socialistas lo ven como una máquina de trabajo. También el capitalista pretende abastecer al pueblo trabajador para que sus fuerzas, que le son indispensables, no se agoten, pero como hay mucha gente, incluso esta última preocupación se queda en letra muerta. La lucha de los capitalistas con los sistemas no capitalistas proviene del hecho de que después de la victoria de los sistemas no capitalistas, se producirá un nivelamiento en el trabajo. Entonces, la clase capitalista perderá su felicidad de la pereza. Por eso se incautan todas las empresas de los capitalistas, a fin de redistribuir todos los medios a partes iguales, ya sean las herramientas de trabajo o los útiles de pereza. Los sistemas socialis-

tas velan por esa repartición del trabajo y la pereza, y cada individuo cuida de que el trabajo sea distribuido con equidad. Las horas de pereza salen de esta repartición igualitaria. La clase capitalista ve la producción toda entera como un valor garantizando el capital, y el capital como títulos garantizando la pereza. De igual modo, el sistema no capitalista socialista ve en la producción un valor garantizando las horas de inactividad del ser. La finalidad de este último sistema no es la multiplicación de las horas de trabajo, sino su reducción. No se producirán más productos que no sean necesarios para la humanidad. Nada superfluo, ninguna sobreproducción debe tener lugar, pues sólo aparecerá ahí el reino de la avidez, que muy a menudo no aporta ningún bien. Y como en el sistema socialista el interés es común a todos los hombres, ese sistema estará garantizado por todos los trabajadores a partes iguales. Y,

hay que creerlo, la realización de la perfección nunca se conseguirá para satisfacer una necesidad personal. Sólo se llegará a eso a través de esfuerzos comunes por el bien común. De hecho, en lo que respecta a los inventos, podemos decir que todo lo que se ha realizado siempre ha tenido como objetivo, en esencia, el bien común de la humanidad, pero ha bastado que el creador de perfección aporte su obra al Mundo, para que inmediatamente sea acaparada por el empresario, quien primero se sirve de ella en su propio interés, explotando a aquéllos que no pudieron adquirirla. Si se inventa una máquina, el capitalista enseguida la pone al servicio de su idea; tuvo la posibilidad de reducir la mano de obra y aumentar su capital privando a los obreros del salario último que hubiera resultado de recibir el dinero como título de pereza. Le quedó más al empresario. El obrero ha debido contentarse con los días feria-

dos durante los cuales pudo descansar físicamente, mientras que los empresarios gozaban de una pereza sin límites.

El sistema socialista desarrollará todavía más la máquina, en eso estriba todo su sentido. Su sentido consiste en liberar lo más posible a la mano de obra del trabajo, o, en otros términos, de hacer de todo el pueblo trabajador o toda la humanidad un *patrón* tan ocioso como el capitalista que traslada a las manos del pueblo todos sus callos y todo su trabajo. La humanidad socialista traspasará sus callos y su sudor a los músculos de las máquinas y garantizará a las máquinas un trabajo ilimitado, que no les dará ni un minuto de respiro. En el futuro, la máquina deberá liberarse y desplazar su trabajo a otro ser, desembarazándose del fardo de la sociedad socialista, garantizándose también ella el derecho a la "pereza".

Así, pues, todo lo que hay de vivo tiende a la

pereza. Por otra parte, la pereza es el aguijón principal para el trabajo, pues es solamente por medio del trabajo como puede conseguirse; así, resulta evidente que el hombre ha caído, con el trabajo, en una especie de maldición, como si antaño, se encontrase constantemente en estado de pereza. Tal vez, en la comunidad humana, un tal estado ha realmente existido y quizá la leyenda de la creación del paraíso y del hombre expulsado del mismo sea una turbadora representación de una realidad pasada, a menos que no se trate de la imagen de una realidad futura a la que el hombre llegará a través de la maldición del trabajo. Pero quizá esta última consiga iluminar más, o más bien, completar la idea que yo desarrollo del "pensamiento blanco"¹ sobre el Dios no destronado.

Por el momento, quiero dar parte de una suposición que podrá servir de introducción a otro pensamiento sobre la finalidad del tra-













bajo, y podrá por lo mismo conducirlo a un estado completamente diferente. En la comunidad humana, se presupone que el trabajo no es más que una simple necesidad de orden alimenticio, que no es lo esencial de la perfección humana y que después del trabajo, se debería poder disponer de un tiempo donde fuese posible actuar en busca de la perfección. Perfecciones de esta naturaleza serían las ciencias y, en general, todos los conocimientos, especialmente el del mundo que nos rodea. Por tanto, la reducción de las horas de trabajo se encuentra justificada por este último postulado. Pero vamos incluso a contar el tiempo libre entre esas perfecciones: se tiene la costumbre de considerar el arte como un ocio. Ahora bien, me parece que, justamente, esta segunda cara de la actividad no puede justificar la primera, el trabajo propiamente dicho, pues la ciencia toda entera, así como las demás ramas del conocimiento, también

son ellas trabajo, trabajo de otro orden, ciertamente, orientado hacia revelaciones creadoras, hacia la libertad de acción, hacia la investigación y la libre experiencia. En eso reside su superioridad sobre el aspecto únicamente laboral, en el que el acto creativo apenas existe. Ese acto creativo será alcanzado gracias a la manufactura, es decir al hecho de que los objetos sean reproducibles, transformados por la perfección creativa con vistas a su multiplicación.

Esa es la causa de la aspiración del trabajador a otros territorios de la producción donde se sentiría liberado de la banalidad y se encontraría frente a un trabajo de creación. La ciencia y el arte procuran un tal trabajo, pero muchos, a causa de los sistemas sociales implantados por los gobiernos, no pueden penetrar en ese segundo ámbito de la actividad humana. A falta de eso, el trabajador reclama y frecuenta de buena gana los espec-

táculos y los teatros científicos de cualquier clase. Pero, profundizando en estas razones, quiero subrayar que es en la segunda cara del trabajo humano donde se encuentra el descanso. En otros términos, en el descanso o en el arte se esconde una clase especial de "pereza". Este estado especial conduce a la realización de la plena inactividad física, transfiriendo cualquier actividad física a la esfera particular de la actividad del solo pensamiento. Pero hablaré de la actividad del pensamiento más tarde. Por el momento, hay que aclarar la identidad que existe entre las dos caras del trabajo humano, el trabajo propiamente dicho y la segunda cara de la perfección, la que constituyen las ciencias y otros saberes. En efecto, esas dos caras forman un todo y tienden tanto una como otra a la reducción de las horas de trabajo, pero también a la reducción de las horas de conocimiento y de creación de las ciencias. Y de la

misma manera que al trabajar, el hombre se apresura por alcanzar la "pereza", igual, en su totalidad, los saberes y la ciencia tienen la ambición de dar a conocer y comprender el conjunto del universo; en otros términos, de alcanzar la totalidad del conocimiento del mundo. Esto no puede negarlo nadie, pues no hay ni un instante donde el hombre no intente penetrar en el sistema del mundo para tratar de comprender lo que permanece oculto. Esta aspiración, yo diría que es la aspiración hacia Dios, es decir hacia esa imagen que el hombre se ha dado de algo perfecto. ¿Cómo éste último se ha representado a Dios? Se lo ha representado como un ser omnipresente, omnisciente, omnipotente, etc. Si cada paso del hombre está calculado en función de la perfección, es para acercarse a Dios. Y admitamos que dentro de miles o millones de años, el hombre alcanza el conocimiento universal, y como resultado, la omnipresencia.

¿Qué ocurrirá en ese momento? Ya no habrá ningún objetivo que alcanzar, nada más que el saber, y naturalmente, tampoco habrá necesidad de hacer nada. El mundo está descubierto y todo su ser se encuentra en la sabiduría, el universo en toda su grandeza, en la infinitud de la creación se moverá según la ley eterna del movimiento, y todo su movimiento es conocido por mi saber, y cada uno de sus fenómenos está medido igualmente según el rasero del infinito. Habiendo alcanzado una tal perfección, llegaremos a Dios, es decir a esa imagen que la humanidad ha predeterminado en su representación, en las leyendas o en la realidad. Ése será entonces el advenimiento de una nueva inacción, esta vez divina, un no-estado donde el hombre desaparecerá, pues entrará en la suprema imagen de su predeterminación perfecta. Y sucederá lo mismo con el trabajo. Con él también, el hombre conquistará una perfec-

ción de ese género, y todo lo que produzca entrará en la naturaleza y entrará también, sin el menor esfuerzo, en su organismo, a la manera de la respiración que es la fuerza principal de cualquier organismo, en tanto que vida. Esta imagen perfecta de Dios, la vemos también en el trabajo que busca liberar al hombre del trabajo para llegar a esa época de felicidad donde todas las fábricas y todos los talleres humanos funcionarán por sí mismos. Entonces esa pequeña acción será el modelo de la gran fábrica del universo, donde toda la producción es elaborada sin ingeniero especializado ni obrero y que, según la representación que el hombre tiene de ello, ha sido construida por Dios, que es todopoderoso y omnisciente. Por supuesto, el todopoder y la omnisciencia pueden ser revelados y demostrados por las numerosas imperfecciones que conducen no obstante a la perfección. Pero quizá el mecanismo entero del universo,

esbozo al mismo tiempo que principio capital, es absoluto en su perfección, y sólo son imperfectos sus detalles inteligibles, como una de sus formas perfectas, el hombre. Aunque de hecho, el hombre representa una pequeña copia de la construcción del universo. Intenta construirlo todo en la tierra según la ley del universo. Alcanzando con el conocimiento y el trabajo el fin único de una total omnisciencia y de la producción, el hombre llega a Dios, a la perfección. En otros términos, se incorpora a él o lo incorpora a sí y llega el momento de la plena inactividad, llega el momento de la total "pereza", o de la actividad como contemplación de la autoproducción, pues ni yo puedo, ya, participar en la perfección, una vez alcanzada.

El hombre, el pueblo, la humanidad entera se fijan siempre un objetivo, y ese objetivo está siempre en el futuro: uno de esos objetivos es la perfección, es decir Dios. La imaginación

humana lo ha descrito e incluso ha dado el detalle de los días de la creación, de donde resulta que Dios creó el mundo en seis días y que el séptimo descansó. Cuánto tiempo se prolongó ese día, éso no lo sabemos, pero en cualquier caso, el séptimo día es el del descanso. Podemos admitir que el primer momento de descanso sea un descanso físico, pero en realidad, no ha sido así: si hubiese creado el universo efectuando un trabajo físico, entonces Dios hubiera debido trabajar tanto como un hombre; está claro que no se trataba de un trabajo físico, y, que, en consecuencia, no tenía necesidad de descansar. Para efectuar su creación, sólo tenía que pronunciar la palabra "Hágase": el universo en toda su diversidad ha sido creado repitiendo seis veces "Hágase". Desde ese momento, Dios ya no crea nada más, descansa en el trono de la pereza y contempla su propia sabiduría. Pero aquí se impone una pregunta:





¿es que no ha alcanzado Dios a través de su contemplación una perfección más grande? Aparentemente, no. Su sabiduría es la que, en el universo, se ofrece a nuestra mirada. Dios es de tal perfección que no puede ser pensado, pues todo el universo agota la perfección del pensamiento divino. Ya he dicho que el hombre sólo es una pequeña copia de la divinidad que ha sido concebida en nosotros mismos, y que en realidad, el hombre tiende hacia ella. Son ya muchos los hombres que han llegado a la perfección de acción a través del pensamiento, poniendo en marcha a un pueblo entero con ayuda del pensamiento y forzando la materia a adquirir otro aspecto. Tales hombres existen: son los líderes, los dadores de ideas, los hacedores de perfección. De hecho, cada dador de ideas, a través de la acción de su pensamiento, ha encontrado una idea que antes o después vendrá a levantar a un pueblo entero y lo refundirá en

nuevos modos de vida; cada hacedor de perfección que descubre un nuevo cuerpo, una nueva máquina, un nuevo aparato, moviliza una numerosa mano de obra para explotar su descubrimiento. El mundo adquiere entonces otro aspecto, entra en la vía de la perfección futura. Su pensamiento crea máquinas que multiplican su obra y liberan al hombre del trabajo. Y como el proceso de perfección del hombre continuará desarrollándose en el futuro, nos llevará necesariamente al estado de Dios, que ha hecho el mundo con los "Hágase". Todos los soberanos han movido la vida a golpes de "Yo ordeno" y "Hágase". Conocemos ya algunos ejemplos, pero todo lo que ha sido hecho en el pasado sólo ha sido hecho por el hombre; hoy, el hombre ya no está solo: la máquina lo acompaña; mañana, sólo quedará la máquina o algo parecido. Entonces no habrá más que una sola humanidad, sentada en el trono de la sabiduría pre-

establecida, sin jefes, sin soberanos y sin hacedores de perfección; todo eso estará en ella; de esa manera, se liberará del trabajo, alcanzará la paz, el eterno descanso de la pereza y entrará en la imagen de la Divinidad. Así se justifica la leyenda de Dios como perfección de la "Pereza".

En la vida, respecto de la pereza, tenemos una opinión completamente diferente a la que yo expongo, y, diría más, una opinión extraña. Está claro para todo el mundo que cada cual trata de evitar el trabajo y aspira a la felicidad, al descanso o a cualquier otro estado que permita no trabajar y que, aún mejor, actúe de manera que todo el pensamiento ya no esté ocupado en penetrar el secreto de la naturaleza de las cosas. Así, esta segunda cara de la vida del hombre sería hasta tal punto perfecta que podría extenderse a cualquier cosa, permitiendo a todos los fenómenos de la naturaleza devenir transpa-

rentes. Esta perfección tan grande debe impregnar la condición humana, y ese hombre debe utilizar toda su fuerza para llegar a esa gran fuerza preestablecida de la clarividencia y el conocimiento. Pero resulta curioso: para ese hombre, ese estado supremo puede ser un estado eterno, pero entonces, es como si la vida se detuviese en él, pues ya no habrá más lucha. Porque la vida es un combate victorioso. Quizá también la vida —eso a lo que nosotros llamamos la felicidad y la desgracia— sólo sea una monstruosidad. En este caso, alcanzando el estado eterno de clarividencia y conocimiento, tal vez el hombre abandonará la vida por el gran principio donde la rotación universal de los secretos devendrá la plenitud de su acabamiento. Es la pereza la que conduce a ese estado, esa pereza que denigramos y fustigamos. Y me parece que si se ha cuestionado hasta tal punto la pereza es porque el sabio que lanzó sobre ella





el anatema veía claramente que no era por completo lo que su nombre daba a entender y que, cubriéndola de vergüenza, más bien cubría de mentira al pueblo. Temía mostrar su realidad, temía decir que sólo ella ocultaba ese tesoro con el cual el hombre soñaba. Lo extraño, es que no nos arrojemos sin titubeos en este supremo pensamiento humano, en vez de esta constancia en la maldición y esta pasión en alejarnos de él, en impedir cualquier manifestación de pereza, en impedirle si hace falta por medio del hambre y la muerte. Tal es el sistema de la lucha contra la pereza, y al mismo tiempo ese sistema utiliza todos los medios que llevan a ella. Por supuesto, el acceso a cualquier felicidad debe estar rodeado de múltiples precauciones, sin lo cual la felicidad puede transformarse en muerte, y en un momento dado, sucede lo mismo con la pereza: es un sueño y es la muerte. Y si la humanidad entera quisiese

utilizar la "pereza", estaría condenada a la muerte, pues nada por el momento puede avanzar por sí mismo, la producción tiene necesidad de las manos del hombre, ya que aún no está incluida en el estado natural del movimiento. A decir verdad, muchas personas han alcanzado parcialmente este estado: el capitalismo, amasando títulos de pereza, llegó ahí liberando sus músculos del trabajo y satisfaciéndose en la contemplación y en la transformación de su modo de producción mediante la aplicación de su idea. Pero eso no ocurrió sin dificultades. Cada cambio de idea se acompañaba del miedo a perder lo que había sido adquirido, y de ahí resulta que también el sistema del capitalismo es imperfecto. El socialismo del sistema no-capitalista está más cerca del objetivo, pero el más próximo es el sistema de la fabricación de la perfección, de la integración de los canales de la fuerza eterna en el movimiento de la produc-

ción y la autoproducción humana existente. El peligro de la pereza es grande, pues es una fuerza capaz de transformarlo todo en no-ser, es decir que el no-ser vencerá al hombre. Eso contra lo que el hombre combate con su ser, o, dicho de otra manera, su producción, porque el no-ser encierra la amenaza de la pérdida de todos los bienes, y entre ellos la pereza misma: y es por lo que el pensador de la humanidad moviliza todas las fuerzas de los hombres y los animales en su combate contra el no-ser, afirmando con eso su ser, siéndole el ser necesario para alcanzar la felicidad de la pereza. Una tal felicidad o pereza aparece siempre en un solo hombre, que lleva en sí el pensamiento del bienestar del hombre. Habitualmente, todo el bienestar del hombre se concentra en su nuevo sistema de producción material así como espiritual y cultural. Por supuesto, puede ser que el pensador, en el momento en que crea un nuevo

bien para el hombre, sólo tenga en mente la prosperidad inmediata y no sospeche que su proyecto final no es más que la pereza, que todo su sistema de bienestar indica la vía que lleva a la pereza. Con frecuencia, este pensador de la bienaventuranza de la humanidad aporta un nuevo sistema de vida, lo riega con la sangre de los pueblos y propaga el infierno sobre la tierra. Pero es así como nace una nueva idea eterna, y no sé si un día el pensador será reconocido por el pueblo como nuevo dador de idea, si el pueblo se reconocerá en él, o se dará cuenta de su propia felicidad, o bien le arrojará piedras y lo matará sin creer en el pensamiento que habrá percibido. Sin embargo, un pensador de este género nunca se queda solo, y es por lo que ningún gobierno estatal puede eliminarlo como perturbador y criminal buscando derrocar el régimen instaurado por medio de la verdad precedente. Cada verdad lleva en sí el traba-





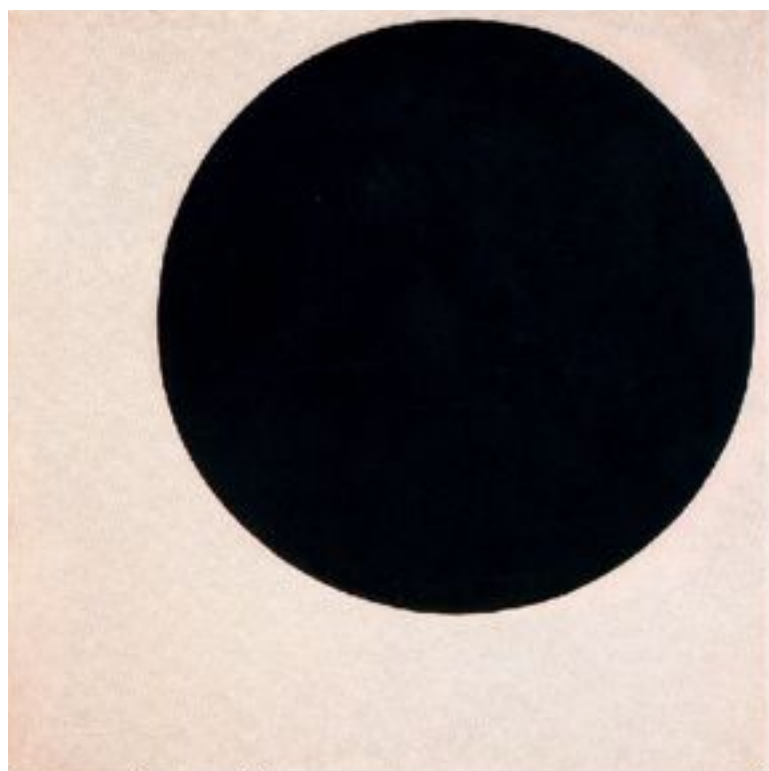
jo como medio para alcanzar la pereza, eso no lo ve con claridad ni el pueblo ni el Estado, de tal manera que una verdad asentada intentará siempre destruir una verdad nueva. Pero ésta es difícil de extirpar, pues es difícil coger una gota de agua en el mar. Si el mar todo entero fuese esta idea nueva, o si el pueblo descubriese la idea de una sola vez, sería sencillo entonces descubrir esta idea y destruirla. Pero como una idea es siempre una gota de agua, es difícil, imposible agarrarse a ella. Toda la historia nos da testimonio de este extraño fenómeno, pero, quién sabe por qué, los gobiernos no dan fe de ello. Al contrario, se apresuran a derrotar esta idea nueva y fracasan irremediablemente. Ocurre lo mismo en la lucha contra la pereza, contra la más alta forma de humanidad, contra su verdadera representación. Toda la filosofía del trabajo consiste en liberar la pereza, pero todo el mundo piensa que el trabajo

sirve para alcanzar una felicidad distinta. Y así, quizá por primera vez, yo llevo el nombre de "pereza" –o "madre de todos los vicios"– a la plaza pública, a esa misma plaza donde es denostada. Y, quizá por primera vez, he tocado la frente de su sabiduría o de la sabiduría del hombre en ella, y he borrado el estigma de la infamia. Sepamos leer trazado en su frente que la pereza es el principio de cualquier trabajo, que sin ella, no habría trabajo. Ella estaba en los mismos orígenes, y con la maldición del trabajo, debe restaurar su nuevo paraíso. La pereza asusta a los pueblos y quienes se entregan a ella se encuentran perseguidos, y eso porque nadie la ha comprendido como verdad, sino que la han llamado "la madre de los vicios", cuando realmente es la madre de la vida. El socialismo es portador de la liberación a nivel inconsciente, pero también él la calumnia, sin comprender que es la pereza quien lo ha engendrado. Y

este hijo, en su locura, la califica de madre de todos los vicios. No es ese hijo quien suprimirá el anatema, por lo cual, con mi breve escrito, quiero reducir a la nada esa calumnia y hacer de la pereza no la madre de todos los vicios, sino la madre de la perfección.

15 de febrero de 1921

Vitebsk



NOTAS

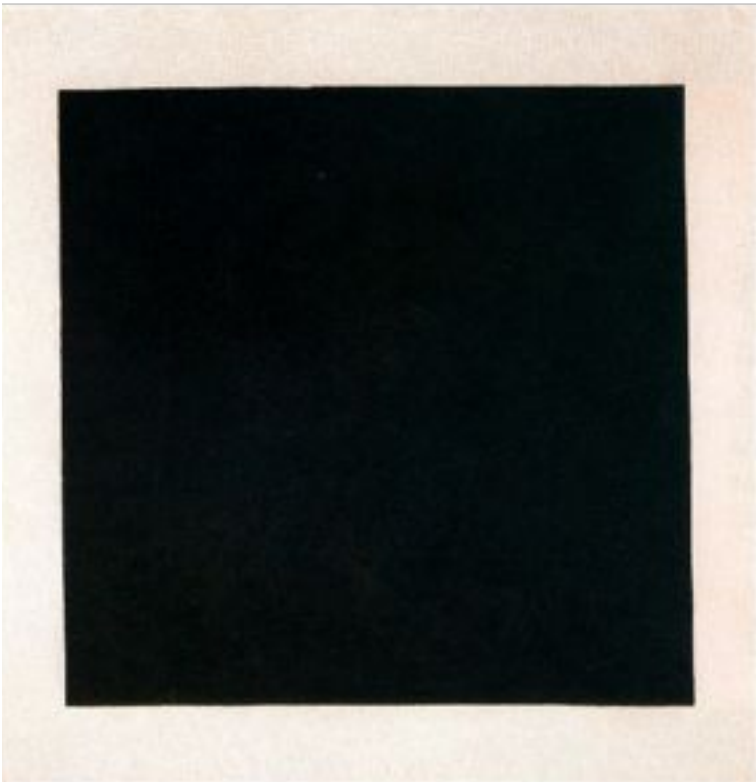
1. Alusión al folleto *El Pensamiento* (1921), primera variante de *Dios no ha sido destronado*. El texto de este folleto fue después incluido en *El Suprematismo. El mundo como no-objetividad*, cuya redacción fue acabada en Vitebsk en febrero de 1922. Malevich llamaba "estadio blanco" al último estadio, al de la total no-objetividad, alcanzado por el suprematismo pictórico (después del estadio negro y el estadio de color). El "pensamiento blanco" de Malevich desemboca en la Nada, en el absoluto filosófico al que está consagrado *Dios no ha sido destronado*. *La pereza*

como verdad inalienable del hombre fue sin duda escrito de un tirón, el 15 de febrero de 1921.

Malevich era entonces el jefe de Unovis (Afirmación de las nuevas formas del arte), el grupo formado sobre la base de la Escuela de arte de Vitebsk a la llegada de Malevich a la cabeza de la misma, a finales de 1919. Su enseñanza no es solamente la de un pintor, sino la de un transmisor de verdades que tienen como objetivo el absoluto filosófico. La reflexión pura, la palabra ha reemplazado de alguna manera al pincel y los colores.

En sus lecciones, el maestro le exponía a sus discípulos los últimos frutos de su visión filosófica. Este texto es una de las muchas notas que conforman la base de las lecciones del maestro. Por su talante, tiene concomitancias con una obra de mayor calado, publicada para los alumnos de Unovis en 1922, *Dios no ha sido destronado. El arte. La iglesia. La fábrica*, en donde Malevich desarrollará su concepción del estado de divinidad y de la

perfección que debe alcanzar el hombre "liberado de la realidad física" a través de la "realización de actos del pensamiento puro". El manuscrito de *La pereza como verdad inalienable del hombre* está conservado en los archivos Malevich del Stedelijk Museum de Amsterdam (inventario nº 10).





Kazimir Malevich (Kiev 1878 — Leningrado 1935), pintor ruso de vanguardia. En sus comienzos pasó por periodos fauvistas y cubistas, para crear posteriormente, alrededor de 1915, el Suprematismo. Escribió una serie de obras programáticas como "El mundo abstracto" y "Suprematismo. El mundo no objetivo".

Fue profesor en las Academias de Moscú y Leningrado y autor de numerosos escritos, tanto relacionados con la pintura como filosóficos, entre los que "La pereza como verdad inalienable del hombre" es una muestra.

"Toda pintura existente antes de la llegada del suprematismo, la escultura, la palabra y la música, eran esclavos de las formas naturales; están esperando su liberación para poder hablar su propio lenguaje".

"El trabajo debe ser maldito, como enseñan las leyendas sobre el paraíso, mientras que la pereza debe ser el fin esencial del hombre".

(K. Malevich)